

Movilizaciones indígenas, identidades y alianzas: el caso ecuatoriano

Por Silvia SORIANO HERNÁNDEZ*
e Isabel DE LA ROSA QUIÑONES**

*Si como indios nos dominaron,
como indios nos vamos a liberar.*

*Consigna pronunciada durante la movili-
zación indígena en 1990, Ecuador*

A PRINCIPIOS DEL AÑO 2005, Antauro Humala, militar retirado, junto con otros ex soldados, tomó una comisaría en Andahuaylas al tiempo que el autodenominado Movimiento Etnocacerista dirigido por él mismo, exigía la renuncia del presidente peruano Alejandro Toledo. El nombre de este movimiento hace referencia, por un lado, a la cuestión étnica y, por el otro, al general Andrés Avelino Cáceres, militar peruano que participó en la guerra con Chile, durante el siglo XIX. Se trata de un movimiento ultranacionalista y étnico que destaca entre sus reivindicaciones el interés por rescatar la pureza del imperio inca. Sus proclamas hablan de los indígenas y de un pasado idílico así como de la necesidad de invertir el orden racial establecido con la llegada de los españoles como solución no sólo para Perú sino para el resto de América Latina.¹ Este significativo hecho nos lleva en la actualidad a cuestionarnos en particular sobre el papel que han tenido las reivindicaciones étnicas surgidas en el contexto de las movilizaciones indígenas que se han registrado en América Latina en los últimos años, las cuales cobraron mayor fuerza a partir del llamado Quinto Centenario del Descubrimiento de América y desarrollaron una actividad política intensa a partir del marco que les ofreció el Decenio de los Pueblos Indios, proclamado internacionalmente por la Organización de las Naciones Unidas.

* Investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM. E-mail: <ssoriano@servidor.unam.mx>.

** Vocal Ejecutiva de la Junta Distrital Electoral núm. XXI, Instituto Electoral del Estado de México. E-mail: <correodeisabel@hotmail.com>.

¹ Unos días más tarde, los etnocaceristas se rindieron. No está de más mencionar que el líder boliviano del Movimiento Indígena Pachakuti, Felipe Quispe, envió a Antauro Humala un saludo revolucionario y fraternal desde Bolivia, resaltando que lo importante en Humala era su carácter étnico, anticapitalista y antiimperialista; cf. diferentes diarios de circulación nacional fechados el 12 de enero del 2005.

Podemos conducir la reflexión a partir de la construcción de un imaginario donde el simbolismo juega un papel determinante. En este punto, y pensando específicamente en la importancia de la autoidentificación étnica como un elemento fundamental para comprender estos procesos sociales, nos planteamos varios interrogantes con objeto de evaluar en distintas dimensiones su papel. ¿Quiénes enarbolan la bandera de la vuelta al pasado? ¿Qué significa para estos actores reivindicarse como los verdaderos herederos de los pueblos originarios que han sido excluidos y como los únicos que merecen las riquezas de los territorios que han sido usurpados? ¿Qué alternativas presentan respecto de otro tipo de movilizaciones indígenas? ¿En qué medida podemos considerar las reivindicaciones étnicas como expresiones de una identidad política particular? Y, finalmente, ¿la apropiación (construcción) de cierta identidad de carácter étnico excluye la posibilidad de alianzas con otros grupos sociales?

Sin duda, este cúmulo de cuestiones presenta una realidad tan compleja que al intentar elucidar el sentido de algunos de sus procesos llegamos a resultados paradójicos: en un contexto de globalización en el que las fronteras parecen cada vez más transitables, como resultado del avance en las comunicaciones, sincrónicamente se registran con mayor fuerza una serie de movilizaciones sociales que reivindican su derecho fundamental a una cultura propia. La protesta reviste diversidad de formas, por ejemplo, acciones con aliento democratizador, en busca de inclusión social y reconocimiento cultural, enarboladas por quienes se reconocen a sí mismos como históricamente excluidos de la toma de decisiones, presentando sus demandas como parte de un problema relacionado con la dignidad, en la medida en que desean seguir existiendo como son pero en condiciones de equidad con respecto al resto de la sociedad.² En el extremo contrario encontramos también otro tipo de movilizaciones de autoafirmación étnica cuya intolerancia hacia lo diferente ha propiciado el surgimiento de una serie de faccionalismos (étnico, religioso, nacional) que al reclamar un espacio considerado propio, ha promovido acciones que en algunos casos dan paso a situaciones violentas.

² La dignidad como forma identitaria dio forma a un discurso novedoso que en algunos casos hace referencia a la victimización (como en Guatemala) pero que en otros recrea elementos de resistencia haciendo énfasis en la pertenencia a la nación (como en México y Ecuador). En varios países de América Latina, el ascenso de la movilización indígena fue coincidiendo con las demandas de democracia (demandas compartidas por otros sectores de la sociedad) que generaron reformas y prácticas políticas (como en Colombia) además de incluir nuevos valores a la cultura política.

Las herramientas conceptuales para dar cuenta de este tipo de fenómenos parecen ser insuficientes debido a la diversidad de elementos que agrega el escenario particular a cada una de las manifestaciones concretas de los procesos señalados. Así, mientras en Europa se ha articulado el concepto de *nuevos movimientos sociales* como un marco para explicar las luchas vinculadas con la ecología y con una conciencia antinuclear,³ en el caso de América Latina las movilizaciones sociales presentan características que agotan la capacidad explicativa de este paradigma y, en consecuencia, exigen nuevos derroteros para su comprensión. Frente a un movimiento obrero local poco estructurado y ante el discurso etnopolítico de los quinientos años, nos encontramos ante la necesidad de considerar a los grupos indígenas más allá de esquemas clásicos que destacan exclusivamente elementos culturales o privilegian la explicación económica. El reto consiste en ampliar la mirada y empezar a preguntarnos sobre las implicaciones sociopolíticas que las acciones en defensa de la etnicidad han tenido al impulsar reivindicaciones sociales que han logrado desafiar los esquemas nacionales, articulándose a otros procesos de movilización que, en conjunto, han incentivado cambios graduales en el seno de sus sociedades.

Termina el siglo con una década de movilizaciones

No puede negarse el impacto que tuvo en la reconceptualización de las movilizaciones indígenas la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) durante la última década del siglo xx. Cuando la guerrilla parecía un recurso del pasado, la estructuración de un discurso novedoso, aunado a las acciones armadas, dio paso a un proceso de reinterpretación de las formas de hacer política para los distintos actores colectivos que en esos momentos promovían luchas

³ Dentro de la escuela que desarrolló este paradigma básicamente destacan teóricos de origen francés e italiano, entre ellos la obra de Alain Touraine ha tenido una importante difusión y receptividad en América Latina. Actualmente, como continuador de algunos de sus postulados, el trabajo de Alberto Melucci puede considerarse representativo de los últimos avances de este enfoque, logrando enriquecerlo al incorporar una perspectiva constructivista para explicar la forma en que logran vincularse los procesos de creación de identidad colectiva con la movilización social concreta, aspecto que al ser poco desarrollado en los planteamientos del primero, fue uno de los principales puntos de partida para las críticas a su propuesta teórica. De ambos autores existe una amplia bibliografía sobre el tema, aquí citamos algunos trabajos representativos de sus enfoques. De Touraine *Producción de la sociedad* (1973), México, IIS-UNAM/IFAL, 1995, y su artículo "Los movimientos sociales", publicado en Francisco Galván Díaz, *Touraine y Habermas. ensayos de teoría social* (1984), Puebla, UAP-UAM, 1986; y de Alberto Melucci en español se puede revisar *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (1999), México, COLMEX, 2002.

sociales en escenarios similares, y que abrevaron rápidamente en este nuevo repertorio de acciones para incorporarlo a sus propias prácticas, destacando el aprendizaje realizado por gran parte de las movilizaciones indias que en esos momentos se registraban en la región.

Sin embargo, el largo proceso que dio origen a la ola de movilizaciones étnicas que registró Latinoamérica durante los noventa, hace necesario destacar el peso de actos como la resistencia indígena en 1992 a la celebración de los quinientos años de la llegada de los europeos a lo que posteriormente se llamaría América. Dicha protesta constituye el antecedente cercano más recreado en el que muchos de los indígenas del continente reaccionaron contra la propuesta de una conmemoración de la que estaban excluidos, pero en la que además no se sentían dispuestos a participar, logrando estructurar una protesta a gran escala.⁴ A la propuesta de una celebración orquestada desde Europa, y a la que varios gobiernos allende el mar se unieron, los grupos indígenas hicieron lo propio oponiendo a la palabra *celebración* la palabra *resistencia*, a la par de llevar a cabo actos públicos con una gran carga de desafío simbólico como el derrumbe de estatuas de quienes representaban la conquista. Según la percepción de los historiadores, a partir de este momento algunos mitos comenzarían a caer, aunque, de igual forma, otros se crearían.

Ya en esos años se subyugaba la idea de alianzas con otros grupos no necesariamente indígenas que sufrían problemas similares, no obstante la preocupación por recuperar y mantener la cultura de sus ancestros permanecía como un asunto prioritario entre sus intereses. Sin embargo, a lo largo de la década las experiencias nacionales fueron haciendo evidente la dificultad para alcanzar estos objetivos.

En Guatemala, por ejemplo, durante 1992 la sociedad nacional reaccionó de muy diversas formas ante el otorgamiento del premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú Tum. Ante el conjunto de elementos que definían su identidad, indígena, mujer y pobre, y las consideraciones que descalificaban su reconocimiento, se hizo cada vez más

⁴ Asimismo hay que mencionar al que se llamó el Primer Encuentro Continental de Pueblos Indios que se realizó en la ciudad de Quito en el año de 1990 y que culminó con una declaración que recopiló, entre otras, las ocho temáticas trabajadas, desde su posición en torno al Quinto Centenario hasta el tema de los derechos humanos pasando por la participación de las mujeres indígenas, la educación, la cultura, la religión, las organizaciones y, por supuesto, el tema de la autodeterminación; cf. Gloria Alicia Caudillo, "La declaración de Quito y el encuentro de los pueblos indios", en Liliana Weinberg, ed., *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, México, UNAM, 2003.

evidente a la luz pública el racismo cotidiano que operaba en una nación desangrada tanto por los años en guerra como por el lastre social de intolerancia y negación. Cuando años después, en marzo de 1995, los actores armados en conflicto, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca y el gobierno del entonces presidente Álvaro Arzú, firmaron el primer documento político oficial denominado “Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas”, las expectativas fueron amplias.⁵ Se esperaba que se continuara el proceso de negociación para llegar al fin de la guerra, pero además se subrayaba la importancia de reconocer que existen pueblos indígenas discriminados, excluidos sistemáticamente por el Estado y la sociedad, como resultado de un racismo arraigado. Se trataba de poner en marcha mecanismos políticos, jurídicos y constitucionales para erradicar el racismo y la discriminación. Sin embargo, al paso de los años no se cumplieron las expectativas mínimas ya que, si bien el mencionado acuerdo fue un impulso para la participación electoral y permitió que varios indígenas de reconocida trayectoria pública lograran acceder a puestos de representación popular, el resarcimiento a las víctimas de la violencia (mayoritariamente indígenas) ha quedado hasta la actualidad como un tema pendiente.

En la región andina destaca el caso de los indígenas colombianos aglutinados en la Organización Nacional de Indígenas de Colombia y en el Movimiento de Autoridades Indígenas, quienes consolidaron un lugar en la toma de decisiones políticas a partir de la expedición de una nueva constitución colombiana en 1991, donde muchos de sus derechos quedaron plasmados.⁶

Por su parte, los indígenas bolivianos organizados en la Asamblea de Unidad de las Naciones Originarias hablaron de la “recuperación de nuestra historia, memoria, pensamientos, identidad y territorio” para avanzar en la independencia (elemento que no necesariamente forma parte del discurso de indígenas de otros países) llegando incluso a marchar el 12 de octubre de 1992, denominado Día de la Raza, con banderas *wiphalas*⁷ y ninguna boliviana.

⁵ Cf. Acuerdos de paz. Sitio oficial de la URNG: <<http://www.urng.org.gt/aapp/tema21.html>>.

⁶ Elementos centrales de discusión sobre el movimiento indígena y la cuestión nacional se pueden consultar en el documento elaborado ex profeso titulado “El movimiento indígena de hoy frente a lo nacional”, DE: <<http://www.colciencias.gov.co/seiaal/documentos/lgvu30.htm>>.

⁷ La palabra *wiphala* proviene del aimara *whipay* que es una expresión de alegría y *phalas* que es el sonido que produce una bandera al flamear. Cada región del territorio andino tiene su propia *wiphala*. Cf. <<http://www.pusinsuyu.com/html/wiphalas.html>>.

Para el caso que nos interesa desarrollar aquí, 1992 fue de gran relevancia para los indígenas de Ecuador ya que en el marco de las protestas continentales por la conmemoración de los Quinientos años del Descubrimiento de América, la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) demostró su fuerza y capacidad de organización al convocar a todos los indígenas del país a movilizarse para expresar su oposición a esta celebración oficial. En este marco, los indios de distintos puntos del país marcharon a Quito, capital de Ecuador, manifestando simbólicamente su resistencia a las estrategias de colonización de que han sido objeto por siglos; durante el recorrido esgrimieron su rechazo bajo la consigna “No bailaremos sobre la tumba de nuestros abuelos”.⁸

Al paso de los años, dos movilizaciones indígenas posteriores al Quinto Centenario se han convertido en un hito de la historia reciente: la ya mencionada rebelión zapatista de indígenas mexicanos en 1994, protagonizada por el EZLN, y las movilizaciones sociales encabezadas por la CONAIE en Ecuador que llevaron a la destitución de dos presidentes (en 1997 a Bucaram y en el 2000 a Mahuad). Ambos movimientos indígenas han subrayado la exclusión histórica a la que han sido condenados por los diferentes gobiernos de sus respectivos países.⁹

La participación del movimiento social ecuatoriano en instancias gubernamentales le ha conferido un peso de mayor importancia en la sociedad local que el camino seguido por el zapatismo en México. Visto desde la capacidad que tiene de promover y organizar levantamientos nacionales, establecer alianzas con amplios sectores populares y derrocar a dos presidentes, el movimiento indígena de Ecuador aparece como la principal fuerza política organizada del país, lo cual marca un acontecimiento novedoso en comparación con la trayectoria que han seguido otras movilizaciones indígenas en la región. La incorporación al proceso electoral a través del Movimiento Pachakutik ha sido también un logro indiscutible que no se ha visto libre del divisionismo. En junio del 2003 la CONAIE convocó a la Primera Cumbre de las Na-

⁸ Luis Macas, “Comuna vs Mercado”, artículo publicado en la revista electrónica *Tierramérica. Medioambiente y desarrollo*, 2001. DE: <<http://www.tierramerica.net/2002/0505/grandesplumas/shtml>> (12 de mayo, 2002).

⁹ Sin embargo, a pesar de los logros reales de los indígenas ecuatorianos, el movimiento indígena chiapaneco ha tenido mayor difusión —tanto a escala nacional como internacional— que el de su contraparte andino. Esto puede deberse, precisamente, al uso que se ha dado de la palabra por el primero y al impacto mediático que ha conseguido. Lo que dicen ellos de sí mismos frente a los otros estructuró un discurso muy elaborado con repercusión en los *otros*, que sabiéndose diferentes retomaron su bandera.

cionalidades, Pueblos y Autoridades Alternativas que concluyó con la elaboración de lo que llamaron “Mandato” de 82 puntos para que el gobierno del recientemente depuesto presidente Lucio Gutiérrez rectificara sus políticas económicas y sociales además de exigirle que se abstuviera de intervenir en el Plan Colombia. Más allá de los resultados de estas acciones lo que resulta significativo de esta organización indígena ha sido su capacidad para mantenerse vigente como un actor social importante en la vida política de Ecuador.

Como consecuencia de los procesos mencionados, en cierta medida podemos hablar de tiempos de cambios que no pueden entenderse sin estas movilizaciones. Nos referimos, entre otros aspectos, a la incorporación de amplios debates sobre la exclusión, la pertinencia de modificar leyes, repensar la nación como entidad pluriétnica o plurinacional e incluso al cuestionamiento del orden económico que ha rebasado las fronteras nacionales. Estas movilizaciones han partido de diferentes formas de acción y si bien los logros son disímiles, la presencia de población indígena como impulsora de cambios sociales que trascienden sus demandas inmediatas, es innegable.

Ahora bien, estas movilizaciones de indígenas latinoamericanos cuentan con un antecedente más: el Convenio 169 sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes de la Organización Internacional del Trabajo, que se adoptó en junio de 1989 partiendo de que “estos pueblos no gozan de los derechos humanos fundamentales en el mismo grado que el resto de la población”. En su texto se subraya la conciencia e identidad indígena o tribal como un criterio fundamental para determinarlos, enfatizándose el significado de las palabras *respeto e identidad*.

Entre otros aspectos, el convenio reconoce que los pueblos indígenas tienen características diferentes a otros sectores de la colectividad y que los gobiernos tienen la obligación de proteger sus derechos y garantizar su integridad. A partir de un marco legal que rompe las fronteras nacionales, el derecho a exigir un convenio firmado por países con población indígena es una bandera innegable del movimiento indígena en general y del ecuatoriano en particular.¹⁰

Este sería otro elemento que se incorporaría al discurso que se estructura en torno a la movilización indígena, aportando elementos novedosos al cuestionamiento de un contexto que ha hecho de su ne-

¹⁰ Otras fechas relevantes surgidas de foros internacionales, además del citado convenio, son el 9 de agosto como el Día Internacional de las Poblaciones Indígenas, y el periodo comprendido entre 1994 y 2004 como el Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo.

gación una practica común. De este modo, las ideas sobre el pluriculturalismo, el derecho a la diferencia y la defensa de los derechos humanos, prenden en un conjunto de la población que no se restringe a la indígena y que encuentra su punto de convergencia en las reivindicaciones de corte cultural, revistiéndolas de la importancia que por mucho tiempo se dejó de lado.

Tras este breve recuento agregamos otros interrogantes a nuestra reflexión. Por un lado preguntamos sobre la idea que se tiene de nación y lo que se ha dado en llamar nacionalidades indígenas,¹¹ la autonomía en relación con el separatismo, así como el respeto a los derechos humanos. Junto a estos interrogantes también identificamos la necesidad de reconocer preocupaciones que aparecen de manera reiterativa en estos procesos, tales como la recuperación de lo que podría llamarse la memoria, así como la cuestión del territorio, lo que en conjunto nos ofrece una serie de directrices hacia las cuales orientar nuestro análisis, a modo de variables a tener en cuenta para intentar explicar por qué el movimiento indígena en Ecuador ha logrado distinguirse de sus iguales en otros países de América Latina.

El escenario y la relación con el otro

EL Ecuador es un país con una población estimada de 12 900 000 habitantes (censo del 2001) donde 45% de la población es urbana y el resto, 55%, rural. 25% de la población es indígena distribuida en 13 diferentes grupos étnicos (que en los censos aparecen como nacionalidades): quichua, huaorani, achuar, shuar, cofán, siona, secoya, shiwiar, zápara, epera, awa, chachi y tsáchila.

Fue la cercanía a la celebración oficial del Quinto Centenario lo que dio fuerte impulso a la movilización indígena. En 1990 organizaron lo que ellos llamaron el primer “levantamiento indígena nacional” exi-

¹¹ Para una organización indígena ecuatoriana, ésta sería la definición de nacionalidad: “adoptamos el concepto de *nacionalidad indígena* entendida como *una comunidad de historia, lengua, cultura y territorio*; luchamos porque se reconozca el carácter *plurinacional, pluriétnico y plurilingüe* de la sociedad ecuatoriana; por el *reconocimiento de los territorios nativos* en tanto son la base de nuestra subsistencia y de la reproducción social y cultural de las diferentes nacionalidades; por el *respeto a la diversidad e identidad cultural*, por el *derecho a una educación en lengua nativa* con contenidos acordes a cada cultura; por el *derecho al desarrollo autogestionario* y por el *derecho a tener una representación política* que permita defender nuestros derechos y levantar nuestra voz”. *Las nacionalidades indígenas del Ecuador: nuestro proceso organizativo* (1989), Quito, CONAIE, 2001, p. 165. DE: <<http://edufuturo.com/imageBDE/EF/21352.Indigenas%20Ecuador.pdf>> (julio, 2002). Las cursivas son nuestras.

giendo el reconocimiento de las nacionalidades indias para seguir con el cuestionamiento a la exclusión y a las políticas económicas. Cuando en el año 2000 marcharon a la ciudad de Quito se calculó que ocho mil indígenas encabezaron otro levantamiento, demostrando la fuerza que aglutinaba la CONAIE. Se constituyeron en vanguardia frente a un movimiento obrero desestructurado.

La CONAIE surge en el año 1986 y agrupa a tres organizaciones indígenas: Ecuador Runacunapac-Riccharimui, la más antigua, la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana y la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Costa Ecuatoriana. Si bien gran parte de su discurso se estructura en torno a la diversidad, a la identidad, a la territorialidad, a las nacionalidades indígenas, acceder a y recuperar tierras son aspectos centrales de sus planteamientos. Estas organizaciones se reivindican a sí mismas como nacionalidades indígenas. En sus documentos¹² se definen como organizaciones autónomas que no dependen de ningún partido político ni de instituciones estatales, extranjeras o religiosas y que responden a la necesidad histórica de luchar por los derechos de los pueblos indígenas de construir un Estado plurinacional; hablan de sí mismas como “las nacionalidades indígenas que somos pueblos que tenemos un mismo origen, una historia común, idiomas propios, y que estamos regidos por leyes propias”. Definiendo sus objetivos afirman que la CONAIE apoya las luchas específicas de las comunidades, tales como las emprendidas para dotarse de agua potable, al mismo tiempo que desarrolla una lucha a un nivel más amplio, como lo ejemplifican sus acciones en contra de las políticas gubernamentales que atentan contra los pueblos indígenas. Concluyen que “miles de indígenas nos hemos levantado pacíficamente y con dignidad, para hacer escuchar nuestras voces”.

Es un hecho que las movilizaciones promovidas por esta organización indígena han tenido un fuerte impacto nacional e internacional. Desde 1990 en que se exigía solución a los conflictos de tierras así como poner fin a la segregación, el movimiento indígena organizado irrumpió por primera vez en el escenario (aunque, como es de esperarse, no faltaron reacciones en las que se emitieron juicios que serán una constante frente a este tipo de movilizaciones: *los indígenas fueron*

¹² Entre los documentos básicos de la CONAIE se encuentra la obra anteriormente citada que cuenta el proceso histórico que dio origen a su organización, *Las nacionalidades indígenas del Ecuador*, y su principal referencia ideológica: “Proyecto político de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador”, *Anuario Indigenista* (México, Instituto Indigenista Interamericano, vol. XXXIII (1994)).

manipulados). Más adelante, en el marco de los quinientos años, la exigencia giró en torno al reconocimiento del Estado plurinacional y dos años más tarde se cuestionaban las políticas neoliberales en el campo.

Un elemento fundamental al hablar de la cuestión indígena es el que lleva inevitablemente al racismo, a lo que representa la naturalización de los procesos sociales. El simbolismo y el discurso dan forma a la naturalización de procesos sociales.¹³ La construcción ideológica sobre consideraciones de tipo biológico que repercuten tanto en las desigualdades de clase como de etnia y género, pero que además son disfrazadas como naturales.

La dominación sobre los otros (los diferentes) crea el terreno de la confrontación entre la sociedad que se conquista y la conquistadora.¹⁴ Para que esta última pueda imponerse, requiere del conocimiento del dominado y de su realidad para expresarse en términos de comparación entre él mismo y su propia realidad.¹⁵

¹³ Es interesante la reflexión de Verena Stolcke sobre la naturalización de procesos sociales en el marco de las desigualdades étnicas y genéricas: "Diferencias de sexo no menos que diferencias de raza son constituidas ideológicamente como 'hechos' biológicos significativos en la sociedad de clases, naturalizando y reproduciendo así las desigualdades de clase. Es decir, se construyen y legitiman las desigualdades sociales y de género atribuyéndolas a los supuestos 'hechos biológicos' de las diferencias de raza y sexo. El rasgo decisivo de la sociedad de clases a este respecto es la tendencia general a naturalizar la desigualdad social. Esta naturalización de la desigualdad social, en efecto, constituye un procedimiento ideológico crucial para superar las contradicciones que le son inherentes a la sociedad de clases, que se torna especialmente manifiesta en épocas de polarización y conflictos políticos y que de este modo son neutralizados al atribuirle la 'culpa' de su inferioridad a las propias víctimas", Verena Stolcke, "¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad y la naturaleza para la sociedad?", *Política y cultura* (México, UAM-Xochimilco), núm. 14 (2000), p. 42.

¹⁴ Si tomamos como punto de partida la relación con el otro o más exactamente lo que es la construcción del otro como diferente, podemos recrear la idea que presenta Edward Said en su ya clásico libro *Orientalismo*, acerca de que Europa se fue construyendo sobre aquellos que se presentaron como los que no eran iguales, resaltando características fisiológicas y morales para designar tanto física como éticamente a los demás. Así (siguiendo a Said), los asiáticos son amarillos o morenos pero además melancólicos y rígidos, el africano es negro pero además flemático y laxo y el indio del norte de América además de rojo es colérico y erguido, cf. Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.

¹⁵ Analizando las sociedades colonizadas de África, Cabral da un peso fundamental a la resistencia cultural de los pueblos conquistados: "Ciertamente la práctica de la dominación imperialista exige la opresión cultural y la tentativa de aniquilación directa o indirecta, de los rasgos esenciales de la cultura del pueblo dominado. Mas este último siempre está en condiciones de crear y desarrollar el movimiento de liberación, porque mantiene viva su cultura a pesar de la represión permanente y organizada en su contra, pues aunque su resistencia político-militar sea aniquilada seguirá resistiendo culturalmente. Y es la resistencia cultural la que, en un momento dado, puede tomar nuevas formas (política, económica, armada) para impugnar la dominación extranjera", cf. Amílcar Cabral, "El papel de la cultura en la lucha por la independencia", en Hilda Varela Barraza, *Cultura*

Hablando de la alteridad en las sociedades conquistadas, Todorov señala:

Para dar cuenta de las diferencias existentes en la realidad hay que distinguir por lo menos tres ejes en los que se puede situar la problemática de la alteridad. Primero hay un juicio de valor (un plano axiológico): el otro es bueno o malo, lo quiero o no lo quiero, o bien, como se prefiere decir en esa época, es mi igual o es inferior a mí (ya que por lo general, y eso es obvio, yo soy bueno y me estimo [...]) En segundo lugar, está la acción de acercamiento o alejamiento en relación con el otro (un plano praxeológico): adopto los valores del otro, me identifico con él; o asimilo al otro a mí, le impongo mi propia imagen; entre la sumisión al otro y la sumisión del otro hay un tercer punto, que es la neutralidad o indiferencia. En tercer lugar, conozco o ignoro la identidad del otro (éste sería un plano epistémico); evidentemente no hay aquí ningún absoluto, sino una gradación infinita entre los estados de conocimiento menos o más elevados.¹⁶

La identidad en tanto es relacional, tiene una naturaleza dialéctica que identifica y distingue¹⁷ y ésta puede ser tanto individual como colectiva y no es inmutable. Para sociedades colonizadas la dignidad es un elemento incorporado al proceso identitario que se va desarrollando concretizándose en formas de resistencia que pueden ser pacíficas o violentas y en América Latina sobran muestras de ambas.

Debemos añadir que los grupos indígenas han sido excluidos tanto del proyecto nacional como de los movimientos revolucionarios, que tampoco los incorporaron plenamente pero que sí los demandaron como integrantes de un ejército rebelde, que no planteó como solución integrar la diversidad étnica. Consideramos que mucha de la historia reciente de la región latinoamericana (la guerra, la muerte, la exclusión sistemática etc.) sobre todo en países con población indígena mayoritaria, ha marcado fuertemente a algunas de las organizaciones indígenas confiriéndoles una perspectiva esencialista que tiene varios exponentes tanto dentro de los indígenas¹⁸ como de los no indígenas.

y resistencia cultural una lectura política, México, SEP/El Caballito, 1985, p. 20. La idea de las razas inferiores o superiores surgió como necesidad de justificar la dominación Frente a instrumentos de dominación políticos, económicos e incluso culturales. La resistencia cultural surgida de los pueblos puede recrearse haciendo frente a la asimilación.

¹⁶ Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro* (12ª ed.), México, Siglo XXI, 2001, p. 195.

¹⁷ Cf. Cabral, "El papel de la cultura en la lucha por la independencia" [n. 15]

¹⁸ Sólo un ejemplo, la reflexión de Menchú sobre las minorías étnicas y los pueblos indígenas: "Yo me niego a hablar del tema de los pueblos indígenas dentro del marco de las minorías étnicas. Hay una gran diferencia entre una minoría y un pueblo originario o

En esta década de cierre de milenio, plagada de movilizaciones, recuperar la experiencia organizativa de los indígenas ecuatorianos en la CONAIE, quienes han logrado sobrevivir al desgaste y al cambio de escenarios, nos puede permitir tener un acercamiento más realista y crítico sobre la forma en que se desarrollan y actúan estos grupos sociales. El reconocimiento de una estructura que sin encontrarse exenta de problemas nos introduce a una inteligente política de alianzas y acciones estratégicas abre así la posibilidad de reconocernos en esos *otros*, dejando de lado los riesgos de caer nuevamente en visiones esencialistas sobre estos actores.

Inclusión, diferencia y participación

Al dar inicio la década de los noventa, durante los últimos días de mayo y los primeros de junio, se registraron movilizaciones indígenas en Ecuador que parecieron romper fáctica y simbólicamente con las consideraciones que comúnmente se mantenían sobre estos actores por parte del resto de la población.¹⁹ Como responsable de su convocatoria, junto a otras organizaciones de carácter local y regional, destacaba la CONAIE como una de las principales articuladoras de las ac-

milenario que tiene una cultura antigua, que tiene una cosmovisión, que tiene una filosofía de la vida, que se radica en la historia. Una minoría religiosa puede tener una filosofía de creencia pero no necesariamente posee la raíz de un pueblo milenario y de una cultura milenaria. Sobre todo cuando en buena medida las minorías son producto de los profundos problemas que atraviesa la humanidad. Los mayas somos parte de las grandes civilizaciones antiguas del planeta. Somos parte de las primeras naciones. No somos una minoría étnica o religiosa. Una de las peculiaridades que distingue a los pueblos indígenas de las minorías étnicas es la elaboración de un pensamiento respecto a la Tierra", para finalizar con un largo discurso sobre la Madre Tierra; cf. Rigoberta Menchú, *Rigoberta: la nieta de los mayas*, México, Aguilar, 1998, pp. 195ss

¹⁹ Entre las percepciones que comúnmente permeaban el imaginario de la población no india sobre estos actores, Luis Fernando Botero Villegas ejemplifica el racismo y la negación que en los setenta pesaba —y que aún continúa— sobre los indígenas, al referir el significado que se le atribuía a la palabra *indio*: "En primer lugar, para la época, el término *indígena* o *indio* era utilizado en ciertos círculos oficiales, en contextos muy reducidos de las organizaciones indígenas, o por los hacendados y blanco-mestizos en su versión peyorativa de 'runa' que en quichua significa persona, pero ha pasado a significar también 'indio', como en Runacunapac = de los indios. Sin embargo, los blanco-mestizos lo utilizan como algo ultrajante) [... Así,] hablar de indios significa para muchos hablar no sólo del pasado, de un grupo arcaico que se opone, y sobre todo en ese momento según la ideología del gobierno militar, al progreso y a la modernización, sino, igualmente, de un conglomerado que de no ser controlado puede convertirse en un enorme peligro", véase Lázaro Condo, *muerto y resucitado. movilización indígena, etnicidad y procesos de simbolización en Ecuador*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-CIESAS, 1999, pp. 226-227.

ciones colectivas, al mismo tiempo que fungía como la voz más importante de las denuncias y demandas de los pueblos indios de ese país.

No obstante que las movilizaciones y organización de los indígenas contaban con una larga trayectoria en la historia ecuatoriana, para el resto de la población su entrada en la capital del país y las amplias movilizaciones desplegadas en todo el territorio nacional durante esos días de 1990, fueron leídas como un hecho sin precedentes con el que los indios cuestionaron de un modo inusitado al Estado y al tipo de nación que éste sustentaba, evidenciando ante todo el racismo velado que fundamentaba la identidad nacional.²⁰

Además de las acciones de la CONAIE inscritas en la política formal, el otro eje de acción, la movilización social, continuó siendo fuerte. La principal prueba de su intensidad se muestra nuevamente a principios de 1997, cuando suma sus acciones a las de otros grupos sociales que manifestaban su descontento con el gobierno del presidente Abdalá Bucaram, recién electo unos meses atrás. Ante la creciente denuncia de la corrupción y el autoritarismo que permeaba su administración, se convoca a una protesta que es apoyada por diversas organizaciones de izquierda. Tras una semana de movilizaciones, Bucaram es obligado a dejar el poder por los legisladores y abandona el país.

La idea subyacente en estas acciones fue la búsqueda de la refundación del país, persiguiendo un proyecto en el que la unidad nacional tuviera en cuenta la diversidad y su construcción partiera de los sectores populares.²¹ Frente a las implicaciones políticas de un acto como ése y la efervescencia social existente, los representantes del

²⁰ En varios trabajos que hablan sobre el movimiento indígena de 1990 se hace referencia a movilizaciones anteriores registradas por lo menos desde 1930. Por su parte, dentro de las organizaciones indias se ha construido una genealogía que establece relaciones de continuidad entre su lucha y los levantamientos y resistencias indígenas que datan desde la época colonial. Así, por ejemplo, Augusto Barrera Guarderas sintetiza lo dicho por la CONAIE con respecto a su proceso organizativo en un documento de difusión ideológica publicado en 1988: "La versión oficial de la CONAIE sobre su historia enfatiza precisamente el recorrido del movimiento para la conformación de una representación autónoma. Remontándose a la invasión española, identifica tres etapas en la constitución del movimiento indio: *I*) la etapa de la conquista española y de los levantamientos localizados; *II*) la de los mediadores (principalmente el Partido Comunista del Ecuador) y las primeras luchas por la tierra; y por último, *III*) el vigoroso proceso de organización de los últimos treinta años [... Asimismo, para la movilización de 1990] el discurso que enmarcaba y significa estas prácticas, hacía alusión a una línea de continuidad entre los pueblos originarios y las comunidades indígenas contemporáneas, negada por 500 años", véase *Acción colectiva y crisis política: el movimiento indígena ecuatoriano en la década de los noventa*, Quito, Abya-Yala / OSAL-CLACSO / Centro de Investigaciones CIUDAD, 2001, pp. 141 y 146.

²¹ Cf. Jorge León Trujillo, "El contexto y el sistema político en el movimiento indígena ecuatoriano", en José Antonio Lucero, ed., *Beyond the lost decade: indigenous*

Congreso convocaron dos meses después a una Asamblea Nacional —es decir, de carácter oficial— de la que emanaría un nuevo texto constitucional.

En el periodo comprendido entre 1998 y 1999 se incrementó la inquietud política y social, así como la participación de la CONAIE en calidad de representante principal de los pueblos indígenas y de los sectores contestatarios de la sociedad. En estos años se sucedieron huelgas nacionales, marchas, plantones y paralización de carreteras que se agudizaron conforme las negociaciones con el gobierno resultaban infructuosas y la condición económica del país se encontraba inmersa en una crisis ascendente.

Al finalizar la década, este deterioro en las relaciones de representación política y atención social producirá un nuevo ciclo de movilizaciones durante los años 2000 y 2001 que incluye, entre otros actos, la destitución de otro presidente, Jamil Mahuad, y el reacomodo de las fuerzas políticas en el poder que conlleva resultados opuestos: por una parte, permitió una mayor participación de los indígenas en los espacios político-institucionales y la consolidación del movimiento indígena como contrapeso social al Estado, y por otra, dio cabida al regreso de los militares al juego político.²²

Con el decreto del 16 de enero de 2000 que implicaba la adopción del dólar estadounidense como principal moneda para realizar transacciones nacionales en demérito del sucre o moneda nacional, el descontento popular en aumento desbordó las convocatorias de movilización y paros hechos por la CONAIE para finales del mes con el fin de protestar contra las políticas económicas y pedir la destitución del presidente.²³ Al acelerarse el proceso se negoció una alianza en la que la dirigencia indígena junto a representantes de los sectores populares de

movements, development, and democracy in Latin America, New Jersey. Program in Latin American Studies-Princeton University, 2003 (*PLAS Cuadernos*, 6), p. 82.

²² Es preciso señalar que la experiencia democrática en el sistema político ecuatoriano es relativamente reciente, pues hasta 1979 finaliza un periodo dictatorial de siete años que, precedido por gobiernos de derecha y militares, negaba cualquier posibilidad de acceder al poder a grupos de izquierda o a aquellos que no pertenecían a las élites políticas ligadas a las clases económicamente fuertes.

²³ En una mirada más amplia, algunos de los elementos que precedieron a la crisis económica del Ecuador durante estos años fueron las devastaciones que causó el fenómeno climático de “El Niño”, que asoló al país de octubre de 1997 a agosto de 1998; a esto se suma una caída del precio del petróleo, así como los efectos internacionales de las crisis financieras en Asia del Este, la Federación Rusa y Brasil; véanse Paul Beckerman y Andrés Solimano, eds., *Crisis and dollarization in Ecuador: stability, growth, and social equity*, Washington, The International Bank of Reconstruction and Development/Banco Mundial, 2002; y Nieves Zúñiga, “Ecuador en crisis”, *Papeles de Cuestiones Internacionales* (Madrid, Centro de Investigación para la Paz CIPI/Fundación Hogar del Empleado

Guayaquil establecieron una Junta de Salvación Nacional²⁴ en el gobierno, la cual tomó simbólicamente el Palacio Legislativo durante algunas horas, a la par que ocurría la salida furtiva de Mahuad.²⁵

Para 2001 la situación política, aún inestable a causa de las movilizaciones recientes, registró nuevas acciones en las que los indios volvieron a ser protagonistas. En febrero de ese año los indígenas se sumaron a una serie de protestas iniciadas por grupos estudiantiles en contra de las políticas de dolarización que mantenía el gobierno en turno de Gustavo Novoa. Las nuevas movilizaciones evidenciaron las contradicciones existentes dentro de la organización indígena así como de ésta con otros grupos externos, con los mismos que en otros momentos sumaran fuerzas. Sin embargo, aunque las relaciones de movilización desde entonces atraviesan por un periodo de transición, es evidente que el papel político y social desempeñado por la CONAIE continúa ocupando un lugar central en la vida del país.

Para explicar las dinámicas, cambios y continuidades que ha experimentado la movilización indígena en Ecuador así como el papel que ha jugado la CONAIE en su articulación, en muchos de los análisis sobre estos hechos prevalecen las interpretaciones coyunturales, así como una tendencia a pensar en el movimiento indígena como un actor uniforme e integral con posiciones políticas en el mismo sentido. Tomando distancia de esas posturas, aquí consideramos que una lectura más amplia de estos procesos nos puede permitir comprender que la de 1990, junto con la serie de movilizaciones que se desarrollaron durante toda la década, así como la importancia creciente que han alcanzado los indígenas y sus organizaciones como referentes políticos y culturales en Ecuador, no son algo fortuito o producto del aprovechamiento exclusivo de las oportunidades aisladas, sino que forman parte de una amplia trayectoria de organización, movilización y lucha en la que estos actores han participado tenazmente. En su desarrollo, observamos particularmente la construcción de un discurso movilizador que reivindica la diferencia étnica y se opone a la injusticia, el cual se presenta como uno de los principales factores que ha ofrecido un marco identitario adecuado de representación pública a los indígenas para articular sus

FUHEM), núm. 70 (2000). DE: <<http://www.fuhem.es/cip/indigen/proyecto.htm>> (enero, 2002).

²⁴ Este triunvirato estuvo integrado por el presidente de la CONAIE en turno, Antonio Vargas, el ex presidente de la Suprema Corte de Justicia, Carlos Solórzano, y el representante del grupo de militares disidentes (ellos se autoidentificaban como "democráticos"), Lucio Gutiérrez, quien sería relevado después por su superior, el general Carlos Mendoza.

²⁵ Cf. Trujillo, "El contexto y el sistema político en el movimiento indígena ecuatoriano" [n. 21], p. 94.

protestas con las acciones colectivas de otros sectores sociales también inconformes con la situación existente, logrando así establecer un vínculo por encima de las disimilitudes y la consecuente historia de desencuentros y contradicciones que sus diferencias socioculturales y políticas solían implicar.

Uno de los elementos medulares que a nuestro parecer ha permitido dar continuidad —tanto real como *imaginada*— a la acción social lo encontramos en el tipo de discurso étnico que organizaciones como la CONAIE han desarrollado a partir de su interacción con una lectura particular del pasado (resistencia a la dominación por un lado, y deseos de revaloración cultural por el otro); su presente (demanda de inclusión social y exigencia de sus derechos colectivos) y su proyecto de futuro (la construcción de un Estado plurinacional).

Consideramos que gracias a esta representación pública el movimiento indígena logró posicionarse al centro de un proceso de complejas redes, actores y estrategias entre organizaciones y colectivos que más allá de su diversidad y visiones contradictorias han logrado articular un amplio proceso de movilización social, considerado actualmente como una de las principales fuerzas democratizadoras en Ecuador.

La organización y el movimiento

AHORA bien, analíticamente siempre es pertinente distinguir un movimiento social de las organizaciones que participan en él, lo que en este caso nos lleva a reflexionar sobre las relaciones reales que se establecen entre ambas entidades que, si bien teóricamente son aprehensibles y diferenciables, en los hechos, como veremos para este caso, presentan frecuentes dificultades al tratar de establecer los límites entre las acciones de uno y otra. En términos conceptuales, seguimos aquí lo dicho por Elisabeth Clemens, quien afirma que el papel de las organizaciones en los movimientos sociales rebasa su consideración como un recurso para la movilización. En este sentido, sostiene que la organización dentro de un movimiento no sólo es un medio, sino también es fuente de sentido e identificación en tanto forma específica, por lo que toca a las relaciones que ésta propicia o limita.²⁶

²⁶ Esta comprensión amplia de la organización como estructura y referente simbólico es desarrollada por Clemens cuando apunta: "En las discusiones sobre el *cómo*, las formas organizacionales se describen como un marco para el movimiento que contribuye a crear identidades colectivas y orienta a los grupos en lo referente a las relaciones con otros actores así como con las instituciones. Si entendemos que la organización es una estructura-marco, aludiendo a la forma organizacional se podría definir a los grupos como

Según Clemens, la organización al igual que la identidad en los movimientos sociales, no puede entenderse como algo dado cuando se comprende que en su definición se ven implicadas negociaciones entre diversos actores. Éstos, a su vez, abrevan en por lo menos dos tipos de principios para determinar la forma en que habrán de organizarse: uno *cognitivo* que entraña aquello que saben sobre sí mismos y su medio o lo que, como señala la autora, tiene que ver con “las reglas y prescripciones existentes en una cultura, que determinan qué formas organizativas puede utilizar un actor y para qué”; y otro *estructural* que se compone de las expectativas articuladas por los movilizados teniendo en cuenta la viabilidad de las acciones propuestas (es decir, la posibilidad de que éstas sean aceptadas y compartidas por el colectivo), así como el margen de acción que permite establecer relaciones con actores e instituciones externos al movimiento.²⁷ Ambos elementos interactúan con la dinámica general del movimiento, así como con las circunstancias históricas que lo enmarcan, llevando a que el conflicto y la negociación sean una constante en su desarrollo.

En la dinámica interna del movimiento, la identidad y la solidaridad desarrolladas se encuentran fuertemente influidas por la forma que adquiere la organización. En este punto desempeña un papel crucial la interpretación que hacen los miembros sobre la legitimidad de la misma. Ello implica una *autopercepción* del “nosotros” a través de la estructura que, en caso de ser valorada favorablemente, puede consolidar los vínculos internos e incentivar la articulación de nuevas relaciones hacia fuera, ya sea con otros movimientos o con distintos grupos e instituciones.²⁸

Es conveniente aclarar que al igual que no estamos de acuerdo con las apreciaciones en las que se habla de los movimientos sociales asignándoles una imagen que los personaliza en tanto “sujetos” colectivos unificados, en este mismo sentido reconocemos que la CONAIE es una organización que en su interior guarda contradicciones, desencuentros y coincidencias entre una serie de grupos y actores que participan en ella. Así pues, lejos de ser un actor colectivo unidimensional, consideramos que esta organización es el resultado de la adscripción colectiva

gente que actúa junta de una forma determinada, y los problemas podrían plantearse como algo susceptible de solución recurriendo a un tipo concreto de acción”, cf. Elisabeth S. Clemens. “La organización como marco: identidad colectiva y estrategia política en el movimiento sindicalista norteamericano (1880-1920)”, en Sydney Tarrow, Doug McAdam, John D. McCarthy, Mayer N. Zald et al., *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (1996), Madrid, Istmo, 1999, p. 289.

²⁷ *Ibid.*, pp. 291-295.

²⁸ *Ibid.*, p. 292.

de un conjunto de fuerzas sociales que logran estructurar acciones conjuntas en torno a una serie de intereses e identificaciones comunes gracias al marco que ésta les ofrece.

Al observarse que las comunidades constituyen la plataforma de las formas básicas de organización, es posible proponer que la articulación de la CONAIE se realiza entonces de manera distinta a la de otras entidades que participan en movilizaciones sociales, entre las cuales se pueden distinguir aquellas que mantienen una estructura piramidal donde el nivel más alto y más importante lo tiene la dirigencia, o las que operan en forma de círculos concéntricos, donde la organización en el núcleo es la principal fuerza articuladora de la acción.²⁹

Al llegar a este punto de la argumentación se comprende que la solidez simbólica y práctica de una organización es un elemento fundamental para que una acción colectiva pueda desarrollarse y logre tener mayores posibilidades de éxito. Asimismo, en la cotidianidad, además del mantenimiento de las relaciones que habilitan la movilización, esta estructura contribuye a crear y mantener un espacio en el que se desarrollan diversas prácticas sociales acordes con la identidad y proyectos colectivos de la propia organización, los que a su vez permiten su continuidad.

En el caso de la CONAIE, en los discursos sobre su proceso formativo y funcionamiento actual se enfatiza la distinción de la unidad nuclear comunitaria como su fuerza básica, subrayándose su papel como fuente de sentido y unidad para la organización, expresándose esta idea en la consigna “un solo pensamiento y un solo corazón”.³⁰

Una muestra de la idealización a que se ha llegado de la comunidad por parte de los artífices del discurso oficial de la CONAIE lo tenemos en la declaración de Luis Macas, uno de sus fundadores:³¹

²⁹ De hecho, en varios análisis sobre el papel de la CONAIE dentro del movimiento indígena ecuatoriano se destaca como un rasgo distintivo de esta organización el peso que tienen las comunidades como sustrato organizativo y base ideológica; véase Napoleón Salto Galarza, “Movimiento indígena y movimientos sociales: encuentros y desencuentros”, *Boletín IICCI ARI-RIMAY* (Instituto Científico de Culturas Indígenas), año 3, núm. 27 (junio de 2001), p. 2. DE: <<http://icci.nativeweb.org/boletin/>> (enero, 2002).

³⁰ Augusto Barrera, *Acción colectiva y crisis política* [n. 20], pp. 144-145. Varios autores refieren el papel simbólico de la comunidad como base de la construcción identitaria y de la organización indígena. Entre ellos se puede consultar Hernán Ibarra, “Neoindigenismo e indianismo: el caso del Ecuador”, *Nuke Mapu* (6-VII-03), consultado en su versión electrónica en *Colectivo Lientur. Kontransformación Mapuche en la Red*. DE: <http://www.nodo50.org/kolektivolientukur/conaie_a_debate.htm>, y Botero, *Lázaro Condo, muerto y resucitado* [n. 19].

³¹ Y actual presidente.

Los indígenas se basan en determinados valores ancestrales. El modelo comunitario y solidario que se practica desde hace cientos de años es uno de ellos. Cuando una familia de la comunidad está en una situación difícil, todos se unen para ayudarla. Además, reivindican la “minga”, es decir, el trabajo conjunto para construir una carretera o una casa o cosechar. La comuna es el núcleo de la sociedad indígena. En su interior encontramos prácticas como la reciprocidad, la ayuda mutua, el valor comunitario de los bienes, la relación de respeto con la naturaleza, la solidaridad, la responsabilidad social, los principios de discusión colectiva, el respeto del otro. La comuna es el centro de reproducción cultural e histórica, donde se genera y se desarrolla una ideología, en el que se despliegan prácticas, convivenias, aprendizajes y socialización de costumbres [...] ahora, más que nunca, es indispensable el reconocimiento de la comuna como una institución indígena que constituye un aporte fundamental para la sociedad actual. *La institucionalización de la comuna indígena es parte de nuestra estrategia para conservar viva la memoria de nuestras culturas y para construir referentes alternativos a los de la modernidad occidental.*³²

Aunque es evidente que las comunidades indígenas constituyen la unidad básica de la CONAIE, es preciso advertir la complejidad existente en las relaciones entre esas bases y los dirigentes de la organización, tomando distancia de la imagen idílica que ellos presentan en sus discursos sobre la importancia y significado que tiene la comunidad para su lucha. En los hechos, parece reconocerse que las organizaciones de base o comunales actúan realmente como un contrapeso a las decisiones tomadas por la dirigencia de la organización, en caso de que éstas no lleguen a coincidir con los intereses de las bases o no expresen correctamente sus necesidades.³³

Sin duda, actualmente no puede seguirse la trayectoria de la CONAIE y del movimiento indígena sin atender a los vínculos que se han establecido entre estos colectivos y otros actores sociales que también han participado en los actos de protesta considerados como los más significativos en la historia contemporánea de Ecuador. Precisamente su participación en las movilizaciones, aún cuando en ocasiones lo han hecho señalando su independencia respecto de las organizaciones convocantes, ha sido crucial para darle mayor representatividad social a las mismas, así como para ampliar sus márgenes de intermediación política y de legitimación de sus demandas.

³² “Comuna vs. Mercado” [n. 8]. Las cursivas son nuestras.

³³ Luis Fernando Botero desarrolla esta idea al hablar sobre las características que presentan los liderazgos en las organizaciones indígenas, planteando que aquellos que son del tipo “comunitario” pocas veces se confrontan con las bases, ya que defienden los mismos intereses, cf. *Lázaro Condo, muerto y resucitado* [n. 19], pp. 267-274

Más allá de la complejidad desde la que son evaluados los vínculos de la organización a su interior, lo que sí puede identificarse con cierta regularidad es el mantenimiento de lazos con actores y sectores sociales que han acompañado a la CONAIE desde su formación. Entre los más consistentes se encuentran algunos miembros de la Iglesia católica pertenecientes a la corriente que sustenta su labor doctrinaria influidos por la teología de la liberación, grupos de trabajadores sindicalizados, organizaciones campesinas, organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales, intelectuales, asociaciones de estudiantes universitarios, y miembros de otras organizaciones indígenas que, a pesar de mantener diferencias ideológicas con la CONAIE, han apoyado sus movilizaciones sumándose a éstas por iniciativa propia.

Asimismo, las redes de la organización han logrado no sólo sumar apoyos a los actos de protesta, sino que, por una vía más “orgánica”, han gestionado el patrocinio de instituciones como la Unión Europea (UE), el Banco Mundial (BM) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en la forma de financiamientos para el desarrollo de diversos proyectos a escala local y regional.³⁴

Otras alianzas que permitieron relaciones con un carácter más bien contingente, producto de ciertas coyunturas, son ejemplificadas por aquellas que la organización indígena estableció con el grupo de militares que se unieron a las movilizaciones de enero del 2000, así como con las conflictivas relaciones que la CONAIE ha mantenido con el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), que en distintas ocasiones ha llegado a competir con esta organización en su papel de interlocución con el Estado.

Según la propia concepción de la CONAIE, los principales momentos en los que se han creado alianzas con distintos actores sociales

³⁴ Una muestra de lo anterior lo constituye el Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Afros del Ecuador (PRODEPINE), financiado en su mayor parte por el Banco Mundial, el Fondo Internacional de Desarrollo Agropecuario (FIDA) y en una proporción menor por el gobierno ecuatoriano y las comunidades indígenas, con un monto que asciende a 50 millones de dólares, destinados a “mejorar la calidad de vida de los pueblos indígenas y afroecuatorianos mediante apoyo puntual para fortalecer sus organizaciones, mejorar el acceso a tierras y aguas, proveer fondos de inversión tanto para la infraestructura social como productiva y fortalecer a CODENPE”. Esta última institución estatal actualmente cuenta con representantes de la CONAIE entre los miembros de su consejo de administración, a lo que se suma el hecho de que gran parte de sus beneficiarios pertenecen a las organizaciones de primer y segundo grado que forman parte de dicha confederación; cf. información presentada en el sitio web del Informe del Grupo del Banco Mundial, Oficina local en Ecuador. DE: <<http://www.bancomundial.org.ec/index.asp?id=sp02>>. Por otra parte, Blanca Chancoso, una de las fundadoras de la CONAIE, informaba que en el 2000 la Unión Europea les financiaba alrededor de veinte proyectos de salud y educación en pequeña y mediana escala; cf. *El Comercio* (Quito) durante el año 2000.

corresponden a los procesos de movilización más importantes en los que su participación desempeñó un papel central, lo que en varios casos también explica la eventualidad de las mismas. En todo caso, es necesario tener en cuenta que más allá de un discurso que promueve la articulación de distintas luchas en una sola fuerza, en los hechos, la CONAIE no cuenta con un proyecto o definición clara con respecto a su relación con otros sectores de la sociedad.³⁵

Reflexión final

SIN duda, gran parte de la complejidad y el desarrollo que ha registrado el movimiento indígena se encuentran estrechamente relacionados con el tipo de interacciones que ha sostenido con el Estado ecuatoriano. En un marco donde las relaciones pasan de una radicalidad que genera distancia y mayor confrontación entre las partes, hasta la existencia ocasional de una disposición mutua a la negociación y a la búsqueda de salidas políticas para los conflictos, un elemento que muestra consistencia en esta trayectoria es la falta de una política pública definida para la población indígena, producto a su vez de una fragilidad institucional por parte del Estado ecuatoriano.

En términos teóricos este hecho puede ser interpretado como una de las principales oportunidades políticas que arroja luz al preguntar por las causas que favorecen el que, a más de una década de movilizaciones, la protesta social no se haya desgastado como forma de acción privilegiada por los movimientos sociales en Ecuador, y en particular por las organizaciones indígenas, resultando en consecuencia como uno de los principales elementos que motivan la continuidad de sus políticas contenciosas.

Sin embargo, más allá del marco favorable para la acción colectiva que ofrece ese escenario, al tratar de hacer un balance sobre tal proceso, el cuadro resulta desigual y, en términos críticos, desalentador. Si bien encontramos un movimiento indígena resistente, estructurado y con una gran capacidad para aprovechar su posición de actor político privilegiado en la escena nacional ecuatoriana, con logros como abrir espacios nada desdeñables a la población indígena, en contraparte, al dar una mirada a los “datos duros” vemos que la situación económica nacional y en particular la de esos mismos indígenas dista mucho de

³⁵ Opinión expresada por Luis Eduardo Maldonado, ex dirigente de la CONAIE, en la conferencia “Movimiento Indígena en el Ecuador (participación en espacios políticos)”, realizada el 29 de septiembre de 2003, en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México y con la que coincidimos plenamente.

correlacionarse con este avance político. Aunque es preciso reconocer que este indicador no depende del movimiento indígena, no deja de resultar significativo que más allá de los programas gubernamentales enfocados a atender a esta población, de los fondos gestionados en organismos internacionales para fomentar el desarrollo de sus comunidades, y del gran interés internacional que ha despertado esa experiencia, los índices que miden la calidad de vida de la población marcan actualmente un retroceso importante con respecto al inicio de los noventa, agudizándose en las zonas rurales en las que, como es de suponerse, habita la mayor parte de la población india.

A más de una década de movilizaciones bien vale replantearse las visiones que señalaron la importancia creciente que se fue otorgando a la cuestión del reconocimiento como un discurso inducido que oscurecía una cuestión de fondo, de hecho, aún sin resolverse: la desigualdad.